

investigadora social. Si bien un texto de historia como éste, en donde se aplican algunas categorías analíticas provenientes de la antropología y de otras disciplinas sociales, no puede competir en el mercado de los libros con una obra literaria, dirigida al mayor número posible de lectores, considero que hizo falta una edición especial de este trabajo, dirigida a un público más amplio (quizás a un público universitario, o a una "ciudadanía educada"). No basta con afirmar, como se dice en la contraportada, que el Icanh "continúa ofreciendo al público general y especializado<sup>2</sup> trabajos de jóvenes historiadores", sino que es necesario adecuar el mismo contenido del libro a las expectativas de un público que tiene a su disposición uno de los más poderosos medios de crítica: el de comprar o abstenerse de comprar un producto editorial. Y un medio de convencer al posible lector es mostrarle que no ha perdido su dinero ni perderá su tiempo en la lectura de esta clase de libros.



Definitivamente, considero que el mayor problema de este libro no es tanto de carácter metodológico sino de *estilo*: un poco más de análisis y un poco menos de narración.

FERNANDO MORALES  
MORCOTE

1. Dentro del orden católico el sacerdocio es considerado un "sacramen-

to", instituido por la Iglesia, a diferencia del orden protestante —aquel orden del cual la Contrarreforma es su versión católica—, donde el sacerdocio corresponde a cada creyente (véanse otros pasajes, como Hebreos 7:17 y 1 Pedro 2:9).

2. Hay que hacer una elección entre estas dos clases de público al cual se quiere destinar la obra.

## Un hermoso clásico

**Plantas de los dioses.**

**Orígenes del uso de los alucinógenos**

*Richard Evans Schultes*

y *Albert Hofmann*

Fondo de Cultura Económica, México, 2.<sup>a</sup> ed., 2000, 208 págs., il.

Fue Paracelso (1493-1541), el médico y alquimista suizo, quien propuso la noción de las correspondencias entre el microcosmos del cuerpo humano y el macrocosmos del universo. Esta idea podría parecer la fantástica extravagancia de un alquimista extraviado en sus experimentaciones, a medio camino entre la ciencia y la especulación descabellada.

Durante miles de años los indígenas de América desde México a la Argentina, en contextos rituales, para la profecía, la adivinación y la medicina, han estado empleando plantas, algunos de cuyos componentes guardan analogía con la estructura química de las hormonas que existen en el cerebro.

Dichas plantas, llamadas plantas de los dioses por Richard Evans Schultes y Albert Hofmann<sup>1</sup>, autores del libro que vamos a reseñar, tienen compuestos que están íntimamente relacionados, "desde el punto de vista químico, con sustancias que existen en forma natural en el cerebro, y que tienen un papel muy importante en la regulación de las funciones psíquicas"; los alucinógenos más importantes de las plantas y las hormonas cerebrales, serotonina y noradrenalina, tienen la misma estructura básica.

Pero aunque la química moderna ha descubierto esta asombrosa semejanza estructural, sigue siendo "inexplicable y mágico" el efecto que los principios alucinógenos de las plantas de los dioses producen sobre la mente humana: "la experiencia de una profunda comunicación con el mundo exterior que puede culminar con la sensación de ser uno con toda la creación".



Este libro reúne en forma sistemática las observaciones, la recopilación de datos de fuentes orales indígenas, la experimentación personal en contacto con los usos rituales y culturales de los pueblos indígenas de la América tropical hechas alrededor de las plantas por el etnobiólogo norteamericano Richard Evans Schultes y su colega el químico Albert Hofmann, descubridor del LSD.

Richard Evans Schultes fue el primero que comunicó a la comunidad botánica occidental que todavía seguía siendo utilizado, en contextos rituales, un hongo que en tiempos de los aztecas, antes de la conquista española, desempeñaba "un profundo papel en la vida religiosa del México precolombino". Se pensaba que el teonanácatl era una leyenda.

Schultes, escarbando en informes etnográficos y siguiendo la pista de rumores en San Antonio de Eloxochitlán, encontró en julio de 1938 un curandero que preservaba el consumo del hongo narcótico mexicano, el sagrado teonanácatl, la carne de los dioses. En contextos rituales, este hongo permitía una comunicación con fuerzas sobrenaturales que favorecían la adivinación, gracias a las visiones producidas. Schultes fue el primer botánico en establecer, después de muchos años de olvido de los eruditos, que el teonanácatl de los rumores y las crónicas de los españoles de la conquista correspondía realmente a un espécimen específico. Su uso para provocar estados psicoactivos seguía dándose en las remotas sierras mexicanas.



La importancia del libro de Schultes y Hofmann radica en los siguientes aspectos: los autores no sólo muestran los procesos químicos que permiten establecer y separar los principios psicoactivos de las "plantas de los dioses". También expresan el carácter enigmático del proceso por el cual dichas plantas provocan los estados mentales que

alteran la conciencia. Sigue siendo "un acertijo de la naturaleza por qué ciertas plantas producen efectos específicos en las funciones mentales y emocionales del hombre". Pero además el libro, apoyándose en un enfoque multidisciplinario (antropología, botánica, química, historia, medicina, mitología, farmacología, filología y religión), muestra cómo el uso de las plantas alucinógenas o plantas que elevan la conciencia ha formado parte de la experiencia humana durante milenios. Schultes, desde la perspectiva de un científico que tiene la humildad de no subestimar el saber ancestral de las culturas ágrafas de la selva pluvial suramericana, nos va mostrando que el "uso de cualquier droga tiene firmes raíces en la cultura". La pregunta que mejor describe esta doble relación botánica y metafísica que tienen los indígenas con las plantas que elevan la conciencia la plantea Schultes así: "¿Qué mejor manera de tomar contacto con el mundo espiritual tuvo el hombre de las sociedades arcaicas que el uso de plantas cuyos efectos psíquicos permitían la comunicación con lo sobrenatural?". La fuente principal de información para los autores del libro son los indígenas: chamanes, aborígenes viejos, y los rituales a los que asiste. Entre los inganos de Colombia, un anciano llamado Zacarías Zambrano le reveló parte de las claves que permitieron al autor descubrir el papel tan importante que desempeñan en los ritos religiosos, en la medicina tradicional y en la adivinanza las plantas de los dioses.

Schultes y Hofmann<sup>2</sup> se separan radicalmente de la concepción que durante siglos en América Latina cubrió con una leyenda maldita y castigó la relación de los indígenas con las plantas que elevan la conciencia: "Los alucinógenos son sustancias químicas que, en dosis no tóxicas, producen cambios en la percepción, en el pensamiento y en el estado de ánimo, pero casi nunca producen confusión mental, pérdida de memoria o desorientación en la persona, ni de espacio ni de tiempo". Desde su punto de vista de

etnobiólogo, Schultes replantea la historia académica del uso de las plantas utilizadas por los indígenas sudamericanos. ¿Se sorprenderá el lector que los autores afirmen que sean "la teología y la historia que estudien las plantas de los dioses"? Más sorpresa puede provocar la siguiente afirmación de los dos autores: "Se ha postulado que la idea misma de la divinidad surgió como resultado de los sobrenaturales efectos de estos agentes".



El magnífico libro de Schultes y Hofmann *Plantas de los dioses*, aunque se refiere también a plantas de Europa, Asia, África y Oceanía, básicamente se detiene en las plantas del Nuevo Mundo, pues éste "ocupa el primer lugar en cuanto al número y la importancia cultural de las plantas alucinógenas; estas drogas determinan de manera fundamental todos los aspectos de la vida de sus pueblos nativos". Es Colombia (con veintiún entradas en el libro) el país que después de México ocupa una zona importante del mundo en cuanto a la diversidad de sus alucinógenos y al uso que de ellos han hecho los grupos indígenas. Las culturas andinas disponen de un gran número

ro y variedad de alucinógenos. En sus culturas indígenas tienen "profundo significado mágico y religioso" especies como las *Brugmansias* conocidas como borrachero, campanilla, floripondio, huanto, huacacachu, maicao, toe, tongo. En el parque Santander, sabrá el lector, enfrente del Museo del Oro del Banco de la República, en las tardes de agosto, un borrachero (*brugmansia*) florecido perfuma a los paseantes ("el árbol tiene un espíritu en forma de águila que llega con el viento", dicen los guambianos del sur de Colombia).



Noventa y siete plantas: "Los fundamentos del cielo", "El fuego de san Antonio", "La flor sagrada de la estrella boreal", "Las semillas de los espíritus de Hekula", "Las trompetas del juicio", etc., son presentadas por los autores con una taxonomía exhaustiva que incluye: nombre común, tipo de planta, nombre científico, consumo, historia y etnografía, significado cultural, preparación e ingestión, composición química y efectos. Para ampliar y facilitar el conocimiento y comprensión del saber sobre las plantas alucinógenas, los autores las presentan en tres apartados: léxico de las plantas (págs. 31 a 60), un detallado panorama del uso de las plantas (págs. 65 a 79) y una parte que contiene la información más amplia y acaso la más atractiva para el lector no especializado, "un análisis detenido de los más importantes alucinógenos tra-

tados en el léxico" (págs. 81 a 183). Las plantas tratadas en este apartado han sido "importantes cultural, espiritual y materialmente para algunas sociedades indígenas [por lo] que no puede menospreciarse su importancia".

El profundo papel cultural y mágico que ocupan las plantas de los dioses en las sociedades aborígenes no puede desprenderse del tipo de relación que en estas sociedades guardan los usuarios con las plantas: "La mayor diferencia entre el uso de los alucinógenos en nuestra cultura (Estados Unidos) y el uso en las sociedades preindustriales es lo que se piensa acerca de su origen y su propósito: todas las sociedades aborígenes han considerado, y lo siguen haciendo, que estas plantas son o regalos de los dioses o los dioses mismos" (pág. 62, Usuarios de plantas indígenas). "En la cultura Sinú de Colombia (1200 a 160 d.C.) los enigmáticos pectorales de oro con motivos en forma de hongos acaso impliquen la existencia de un culto en que se emplearon los hongos alucinógenos. Esas piezas tienen estructuras en forma de alas, que acaso signifiquen el vuelo mágico".

En 1556 un manual de misioneros condenaba la ingestión de hongos en México por considerarla "satánica superchería". Así los hongos sagrados de los aztecas (*teonanácatl*) fueron perseguidos. "Los conquistadores de México se maravillaron viendo a los nativos que rendían culto a sus dioses con la ayuda de peyotl, ololiuqui, *teonanácatl* y otras plantas embriagantes". Desde entonces comenzó un trabajo de persecución "tan exitoso que logró desplazar el culto del hongo divino a la clandestinidad". Así cuenta Schultes la guerra de cultos que terminó derrotando y llenando de connotaciones perversas a las plantas de uso ritual sagrado.

Lo contrario de la idea misionera pensaban los indígenas: "Hay un intoxicante mágico en el extremo noroeste de América del Sur; el término quechua para esta bebida embriagante es *ayahuasca* (soga del ahorcado o enredadera del alma)".

Según cuenta Schultes, la ingestión del *ayahuasca* hace que "con frecuencia el indígena vea abrumadores ataques de serpientes gigantes y de jaguares".

La *ayahuasca* está tan profundamente arraigada en la filosofía y mitología nativas que no cabe duda de su gran antigüedad como parte esencial de la vida aborígen.

Así Schultes y Hofmann van conduciendo al lector a través de ideas desafiantes, datos inimaginados y ceremonias de profundo sentido mágico y religioso: "Hace 3.500 años los arios en el valle del Indo, por medio de sus sacerdotes que personificaban a Indra, habiendo tomado soma en la leche (*amanita*, narcótico divino) orinaban soma. Esa orina era bebida para tener estados visionarios".



Un gran saber botánico, cultural y metafísico acumularon los pueblos aborígenes y arcaicos en su manipulación de las plantas. Las conversaciones con los indígenas le permiten a Schultes elaborar una tabla (pág. 134) con los aditivos para la *ayahuasca*, cerca de veintiocho aditivos que la dotan de una característica específica, y se pregunta Schultes: ¿cómo aprendieron los indios a identificar y combinar en forma tan refinada plantas morfológicamente distintas, que poseían propiedades químicas tan peculiares y complementarias? Pero este uso "quedó replegado en el siglo XX a las zonas más alejadas".

El libro *Plantas de los dioses* plantea al lector una inquietante cuestión: "Muchos científicos consideran que el uso de las plantas visionarias es el origen de la cultura, del chamanismo y de la religión". Si se piensa la cultura como imágenes que renuevan la vida cotidiana (el arte, la religión), entonces es posible que el lector, después de este sobrecogedor recorrido que trae el libro reseñado, concluya con los autores que: "Por esta capacidad de crear nuevas y diferentes imágenes del mundo, las plantas alucinógenas fueron y siguen siendo consideradas sagradas en las culturas originales".



En 1995 Bill Clinton permitió el uso del peyote<sup>3</sup> (alucinógeno sagrado) a los miembros de la Iglesia Nativa Americana.

RUBÉN DARÍO FLÓREZ  
ARCILA  
Profesor asociado  
Universidad Nacional de Colombia

1. Richard Evans Schultes es titular de la cátedra Paul C. Mangelsdorf de ciencias naturales en la Universidad de Harvard y director del Museo Botánico de Harvard.
2. Albert Hofmann fue director de los laboratorios de Investigación Farmacéutico-Química de Sandoz Ltda., de Basilea (Suiza). Es una autoridad en el campo de la bioquímica.

3. Francisco Hernández, médico personal del rey Felipe II de España, enviado para estudiar medicina azteca, escribía: "Causa en aquellos que lo ingieren la capacidad de prever y predecir hechos".

## De purgas, purgantes y purgatorios, o viaje al fondo de la noche del yagé

**Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje. Un estudio sobre el terror y la curación**  
*Michael Taussig (traducción de Hernando Valencia)*

Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2002, 628 págs., il.

En su película *Andrei Rubliov*, el director ruso Andrei Tarkovsky recrea la crisis espiritual del monje y pintor de íconos del siglo XV, quien se negaba a decorar el retablo de la iglesia que le habían encomendado pintar con escenas de terror —a la usanza de la época que le tocó en suerte—, por la sencilla razón de que no estaba convencido de que ésa fuera la manera adecuada de ilustrar una religión que quiere inspirar amor. Y es que el terror ha llegado a ser tan consubstancial al mundo civilizado que habitamos que tal vez por eso mismo no nos percatamos de su poderío avasallante para imponer normas, conductas, hábitos, costumbres y para perpetuar un estado de cosas que impide que el temor que inspira desaparezca.

Para narrar la historia del chamanismo en el Putumayo colombiano, el médico y antropólogo australiano Michael Taussig introduce dos conceptos claves para su comprensión: la cultura de terror y el espacio de muerte como aspectos complementarios de una misma lógica de poder, patente tanto en los tiempos que corren como en los de la conquista española del territorio americano. En efecto, hacia 1875, las selvas latinoamericanas y sus habitantes estaban sucumbiendo al hacha homicida de los negocios occidentales (quina y

caucho), al mismo tiempo que a las ciencias naturales en contubernio con las ciencias industriales. Así, cuando Goodyear descubre el proceso de la vulcanización —al verter azufre hirviendo sobre el caucho caliente para hacerlo más elástico y resistente—, "la savia que fluía de las viejas selvas tropicales podía utilizarse en correas y en ruedas de caucho para impulsar más de prisa las máquinas del norte". Taussig nos recuerda que en la mitología romana Vulcano era el dios del fuego y que tanto la palabra *volcán* como la que designa el procesamiento industrial de caucho provienen de él. Y una verdadera erupción de violencia fue la que se desató en las selvas del Putumayo para hacer rendir la savia tropical al ritmo febril de las exigencias comerciales del capitalismo internacional. De esta forma surge y se consolida al amparo de los gobiernos locales el imperio de la Casa Arana, tristemente célebre entre colombianos y latinoamericanos merced a las denuncias hechas por José Eustasio Rivera en su novela *La vorágine* (1924).



Hacia 1909 se calcula que había entre 30.000 y 40.000 indígenas colombianos, principalmente huitotos, en torno al centro de extracción cauchera ubicado a lo largo de los ríos Igarapará y Carapará, ambos afluentes del Putumayo. Según informes de los misioneros capuchinos, hacia 1920 éstos se habían reducido a unos 8.500: muchos de los